

DÉJATE GUIAR **Génesis 12:1-5**

¿Realmente usted dejaría todo por el Señor?, ¿Dejaría a sus familiares, sus amigos, sus posesiones, su trabajo, si el Señor se lo pidiera porque le quiere enviar de misionero o misionera a alguna parte del mundo? Pero, ¿qué tal si no es un asunto de misiones?, ¿qué tal si es aquí mismo en donde vive? ¿Dejaría todo lo que estorba en este momento para que usted pueda comprometerse con el Señor? Y no me estoy refiriendo a dejar a la familia o el trabajo, ni aún sus posesiones. Pero si aún la familia, el trabajo, los amigos o los intereses personales y de diversión, fueran impedimentos para que usted obedezca el llamado del Señor, ¿pondría al Señor en primer lugar?

La tendencia natural sería responder con un fuerte *amén*, pero muchas veces, en muchos de nosotros, la triste realidad es otra cosa. Tal vez a usted le resulte difícil dar una respuesta de verdad positiva, pero, al mismo tiempo, tal vez le ayude a motivarse el ejemplo de un hombre que dejó todo por seguir al Señor, un hombre que, por su obediencia y entrega, se convirtió en el padre de la fe y en el amigo de Dios; un hombre que, por dejarse guiar por Dios, recibió muchas y grandes recompensas de parte de Él. Este hombre se llamaba Abraham.

Abraham fue ese hombre que se convirtió en el primero de los tres grandes patriarcas del pueblo judío; Isaac, su hijo, fue el segundo y Jacob, su nieto, fue el tercero. Abraham vivía muy cómodamente en un pueblo llamado Ur, en una región llamada Caldea, en Mesopotamia, cerca de los desiertos de Arabia. Allí vivía con su familia, y eran todos idólatras (Jos. 24:2), esto significa que no eran judíos porque todavía no se formaba el pueblo judío y no creían en Jehová porque todavía no lo conocían.

Aunque todos ellos eran descendientes de Noé, y éste fue un hombre que creyó tanto en Jehová a tal grado de obedecerlo para construir un arca en donde metería una pareja de cada especie de animales porque un gran diluvio vendría, cuando ni siquiera conocían la lluvia, mucho menos un diluvio; con el paso del tiempo, las generaciones posteriores a Noé se fueron olvidando de Jehová y dejaron entrar a sus corazones dioses falsos. Pero Dios le había prometido a Noé no volver a destruir el mundo por causa de la desobediencia, sin embargo, tenía que

hacer algo, o la humanidad se quedaría sumida en el paganismo para siempre. Como Siempre, es Dios quien toma la iniciativa en su relación con el hombre. Aquí es donde entra en acción Abraham.

Dios llama a Abram a que dejara no solamente la nación idólatra en la que vivía cómoda y prósperamente, sino también a sus familiares y a la casa de su padre. Debería dirigirse a una tierra que Dios le mostraría. Pero note esto: Dios no le dio mucha información acerca de esa tierra, no le dijo el nombre de esa tierra, no le dijo qué tan lejos quedaba, no le advirtió acerca de los peligros que iba a encontrar en el camino, no le dijo cómo era esa tierra, no le dijo acerca del clima, o si tenía recursos naturales, si era propicia para sembrar y alimentar a sus animales; no le dijo ni siquiera cuánto tiempo se tardaría para llegar allá. Prácticamente no le dijo nada; simplemente le dijo que lo dejara todo y que fuera a esa tierra que Él le iba a mostrar.

Si Abram decide aceptar la invitación del Señor, aún sin saber nada de los detalles que ya mencioné, entonces Dios le daría grandes recompensas haciendo de él una gran nación, bendiciéndolo abundantemente y él mismo sería de bendición para todas las familias de la tierra (vv.2-3). Recuerde siempre esto, Dios le bendice, no para que se lo gaste todo en usted, o en usted y solo su familia, sino para que sea de bendición para los demás, para que muestre el amor de Dios a los demás, es decir, para que otras gentes, a través de su amor y generosidad, conozcan el amor más sublime y la generosidad más grande en Cristo Jesús. También le asegura su cuidado y protección al bendecir a quienes lo bendigan, pero maldecir a quienes lo maldigan (v.3).

Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (v.1).

Abram tendría que probar su fe y su obediencia primero al mostrar que no estaba apegado a su tierra, es decir, a su lugar de comodidad, en donde estaba muy a gusto con su familia, sus familiares, sus amigos, sus posesiones, etc.; no era cualquier cosa el llamado, implicaba mucho sacrificio. ¿Por qué dejarlo todo? Sencillamente porque todo esto hubiera sido un impedimento para aceptar y cumplir el llamado que Dios le había hecho porque ellos no creían en Jehová, sino en otros dioses; particularmente rendían adoración a la luna. Abram tenía que poner en primer lugar a Dios para poder cumplir su llamado.

Desde hace algunos años he estado insistiendo en preguntar ¿qué haría usted, que es un creyente, cuando un no creyente le invita a faltar a su iglesia porque tiene una fiesta o lo invita a ver un juego deportivo, o simplemente le cayó de improviso en su casa? ¿Prefiere la diversión antes que su fe y su compromiso con el Señor? ¿Cómo da testimonio de la importancia de su fe?

Abram tendría que estar dispuesto a dejar eso que le impediría seguir al Señor y tendría que probar si estaría dispuesto a confiar en Él por cuando lo llama para ir fuera de su lugar de comodidad a un lugar que no conoce, no sabe cómo es, no sabe lo que le espera y ni siquiera sabe en dónde está. Abandono, renuncia y aceptación de lo desconocido eran las condiciones para aceptar el llamado. Es más, no sabe ni cómo llegar allá, así que era necesario confiar en la dirección de Jehová para iniciar un nuevo comienzo. Para llegar era necesario dejarse guiar.

“Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (vv.2-3).

Dios bendice, recompensa abundantemente la obediencia. En el caso de Abram, Dios le promete 6 bendiciones especiales: (1) Haría de él una nación grande; de su nieto Jacob se formará lo que después conoceríamos como la nación de Israel. (2) Lo bendecirá. Abram ya no depende de la cobertura de su papá, sino de Dios, cuya bendición es inmensamente mejor y más grande. (3) Engrandecerá su nombre. En Ur, Abram podría ser un hombre muy reconocido, pero a donde va nadie lo conoce. Dios hará que sea en esa nueva tierra un hombre muy conocido por su fe y porque los demás reconocerán que el favor de Dios estaba en él. (4) Será de bendición para todos. (5) Dios bendecirá a quienes lo bendigan y maldecirá a quienes lo maldigan. Esto asegura el cuidado y la protección de Dios. Nadie querrá meterse con él para hacerle daño, y todo aquel que sea de bendición para él recibirá la bendición de Dios. El Faraón de Egipto (Gn. 12), y el rey Abimelec de Gerar (Gn. 20), entre otros, pueden dar testimonio de la verdad de esta promesa. (6) En él serán benditas todas las familias de la tierra. Esta es la más hermosa de todas las promesas. Abraham será el instrumento de Dios para dar a conocer su Nombre en todas partes de la tierra, llevando la bendición más grande que es la salvación y la vida eterna. De Abraham saldrá el Mesías Salvador del mundo, nuestro Señor Jesucristo como lo certifican los Evangelios (Mt. 1:1

/ Lc. 3:34). El Apóstol Pablo también habla del cumplimiento de esta promesa por medio de Cristo (Gál. 3:8,14,16).

“Y se fue Abram, como Jehová le dijo; y Lot fue con él. Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán. Tomó, pues, Abram a Saraí su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron” (vv.4-5).

Note cuán importante y conveniente es que marido y mujer se pongan de acuerdo en el compromiso con el Señor, en el caminar en sus caminos. Aquí notemos algo interesante: Abram vivía en Ur, pero aquí se nos dice que salió de Harán. Lo que sucede es que Abram salió de Ur de los caldeos prácticamente sin nada y se estableció en Harán en donde multiplicó grandemente sus bienes, pero no era la tierra que el Señor tenía destinada. Por supuesto que Abram pudiera pensar que sí era porque estaba siendo muy próspero, pero no. Esto nos deja una gran enseñanza, la prosperidad económica no es el objetivo principal de las bendiciones de Dios. Es decir, Dios no le salvó para hacerle próspero económicamente y que usted ya se quede allí sentado cómodamente. La prosperidad material de Dios es un medio que Dios nos da para que podamos cumplir el llamado que nos ha hecho. Abram iba a aprender muy bien esto.

Al margen de que pudo verse bien sorprendido, Abram no dudó en responder en obediencia al Señor y salió de allí a la tierra que Dios le iba a mostrar. El resultado de su obediencia al dejarse guiar por el Señor fue que llegó finalmente a su destino. Canaán sí era la tierra que Dios tenía preparada, la que le dijo que le mostraría. En esa tierra se fundaría más tarde la nación de Israel y de esa tierra y de esa nación saldría el Salvador de la humanidad. Así es como estaba haciendo el Señor algo para salvar a la humanidad del paganismo, es decir, de la idolatría, y Abraham sería su instrumento. Así mismo, Dios nos llama a nosotros a ser sus instrumentos y hacer lo mismo que Abraham y para lograrlo, tenemos que responder en obediencia dejando todo lo que estorba y dejándonos guiar por Él hasta llegar a donde nos quiere llevar.

Conclusión.

Abraham no era un hombre perfecto. En su caminar cometió muchos errores, pero estaba aprendiendo a conocer a Dios. Lo que sí tuvo todo el tiempo fue, a pesar de sus equivocaciones, su fe y su mirada puesta en el Dios que le llamó. Caminó en obediencia y se dejó guiar. Dios lo prosperó

para llevarlo a donde lo quería llevar y finalmente llegó a su destino. Fue el instrumento de Dios para llevar la Salvación a los perdidos.

Hace unos días mientras caminaba vi una bicicleta de esas dobles. La bicicleta era conducida por un hombre y, en la parte de atrás viajaba una niña que supongo que era su hija o algún familiar. La niña tendría como unos diez años y era chiquita de estatura; el hombre se veía alto y corpulento. Los dos iban por la avenida llena de carros; la niña no podía ver lo que venía de frente a ellos, pero una cosa sí noté, la niña se veía feliz pedaleando la bicicleta con su papá. Aunque el manubrio de la niña no determinaba la dirección de la bicicleta sino el del papá, y aunque no podía ver nada hacia adelante, ella estaría confiada de que su papá llevaba la dirección del volante y la cuidaría de cualquier peligro. La niña lo único que haría sería disfrutar el camino con el papá hasta que llegaran a su destino. Entonces pensé que, cuando salieron de casa, seguramente el papá solamente le dijo a la niña *“vente conmigo, vamos a pasear”*. No le advirtió de los peligros, tal vez ni le dijo cuánto tiempo iban a tardar, y ni le dijo exactamente a dónde se dirigían. No le dio mucha información, solamente le dijo *“vente”* y ella respondió en obediencia, confiada y con mucha alegría, sabiendo que andaría con su papá.

El caminar con el Señor es así también. Dios tiene un destino final para sus hijos que es el cielo. Pero en el camino nos encontraremos muchos obstáculos que nos querrán hacer desanimarnos y desistir de seguir pedaleando. No conocemos estos obstáculos, no sabemos cuán grandes o peligrosos puedan ser, no sabemos cuántos son, pero vendrán. Pero una cosa sí debemos saber y con esto confiar y seguir adelante en obediencia: Dios va pedaleando en la misma bicicleta que nosotros, pero Él lleva el control. Él va en la parte de adelante, Él conduce el manubrio, Él va enfrentando los peligros, Él nos va guiando, Él sabe a dónde nos quiere llevar y sabe cómo llegar. Y como la niña, nosotros solamente debemos obedecer y dejarnos guiar. Como la niña, disfrutemos el viaje para que no se convierta en una carga, sabiendo que vamos seguros y confiados con el que va manejando. Déjese guiar por el Señor.

El ejemplo de Abraham es una prueba de que Dios cumple sus promesas cuando nosotros actuamos en obediencia y nos dejamos guiar por Él. Al caminar con Dios aprendemos a conocerle bien. Seguramente en ese aprendizaje tendremos algunos tropiezos como los tuvo Abraham, pero lo importante es levantarse, aprender de los errores y nunca perder la



mirada puesta en el Señor para no desanimarnos y llegar al destino final. Le garantizo que si responde en obediencia y se deja guiar por el Señor, será la aventura más importante, la más grande y la más hermosa de su vida. Amén... Vamos a orar...